

57. ¡Aquel dedo!

El propósito más insistente, si no el único, de toda la vida de Gaspar fue el de llevar las almas a Dios a través de la "predicación a los pueblos del Cristo Crucificado, que para redimirlos derramó su Sangre". Se lee que en los primeros años de su vida, desde la infancia, se subía a una silla o una mesa delante del pequeño altar, que él mismo había erigido en la casa y, pegándose con una cuerda, gritaba: "*Arrepiéntanse, pecadores!*" Este fue el grito repetido durante toda su vida en las iglesias y en las plazas de Italia Central.

Es obvia la pregunta: "¿Y cuántos convirtió?" Escudriñando su larga e intensa vida de apostolado y leyendo las crónicas de tantas Misiones, diríamos, sin temor a exagerar: ¡Millones! ¿Recuerdan el episodio de la poseída, que por cierto impulsada por el demonio, conocía lo suficiente de él? Ella, prestando su voz al demonio que la poseía, gritó furiosa: "*Vete lejos, ladrón de almas!*".

Gaspar, joven aún, fue llamado el Apóstol de Roma; más tarde fue llamado comúnmente *el Apóstol*. Y de los Apóstoles heredó la fe, el fervor, el celo, la santidad e incluso los dones extraordinarios. A la palabra unía ayunos y oraciones y, frente a los más endurecidos en el mal, también la disciplina hasta la sangre. Al igual que Pablo, en la predicación huía las palabras vanas y predicaba solamente el Cristo Crucificado. Testifica el Merlini: "*En él era el Espíritu de Señor quién hablaba. En el poder de su palabra correspondía la santidad de su vida*". Así que consistía en esto todo el encanto con el que conquistó a los más obstinados.

Dios, por su parte, no paraba de sellar "con sus signos" el apostolado del Santo.

De episodios extraordinarios se podrían contar miles y muchos ya los hemos reportados. Aquí a menudo es un libertino que abandona a la torpeza o "una prima dama" que al verlo disciplinarse, se compunge y cambia vida; o una vanidosa que se vuelve penitente. Hay jóvenes desordenados, que ingresan en los conventos más austeros; funcionario de alto rango que abandonan la brillante carrera para tomar el sayal; luego, personas desde muchos años alejadas de Dios, que vuelven a las prácticas religiosas; pecadores, que acabado el sermón, ¡se lanzan a sus pies para confesarse! Sacerdotes

sacrílegos, sectarios y carbonarios, ricos avaros, mujeres de mala vida, sicarios, ladrones, bandidos empedernidos se convierten.

¡El listado nunca acabaría! Pero ahora escuchen lo que ocurrió en un pequeño pueblo de Romagna.

Era una práctica que allí donde los misioneros, a su llegada en el pueblo, fueran recibidos por el pueblo exultante, entre cantos y sonidos de campanas. Allí, sin embargo, la acogida fue fría. Incluso el clero, muy al contrario a la misión, estaba ausente, y Gaspar aquella primera noche en la iglesia se encontró frente a unas pocas ancianas. A los compañeros desanimados, dijo: *"¡Cuando se comienza así, los frutos serán enormes!"*.

"Bajó en la plaza" para conversar con los ciudadanos, apareció en las tabernas e incluso en los círculos de los masones, que lo habían amenazado de muerte. *"¡Amigos, los esperaré en la iglesia! yo he tenido el coraje de venir a ustedes; si tienen igual coraje, ahora toca a ustedes venir por mí!"*.

¡Fue un reto! Un verdadero romagnolo jamás se habría manchado de cobardía. Después de todo, un joven sacerdote tan valiente, no lo habían encontrado nunca, por lo que también despertó cierta simpatía. Fueron suficientes dos o tres sermones para hacer el resto. ¡Conversiones y confesiones a montones!

Una noche, justo en la entrada, como si temiera que la iglesia se caería sobre él, un individuo conocido y muy temido en el pueblo, estaba en escucha visiblemente turbado. Cuando ya todos se habían marchado, detuvo el sacristán que estaba a punto de cerrar la puerta, y le dijo: *"Espera, quiero confesarme"*.

El viejito desconcertado corrió hacia el Santo:

- *¡Padre, padre! Hay un fulano que dice que se quiere confesar... Yo lo conozco, todos lo conocen... ha matado mucho!!! Estará cargado con armas y sin duda viene para su pellejo.*

Gaspar, en respuesta, fue a encontrarse con el hombre y lo invitó con dulzura:

- *"Ven, hermano"*. Y éste se arrodilló llorando a sus pies:

- *Padre Santo, había entrado por curiosidad un momento en la iglesia y yo le oí decir: Hermano, tú que matas..., y apuntaba con el dedo hacia mí. ¡Este se acercaba siempre más amenazador hacia mí, y luego se volvió enorme y me ha aplastado el pecho!*

Me pasé la mano por debajo de la camisa y sacándola, la miré... sangraba... Basta, ya no puedo más, ¡Padre Santo!

- No, hermano - dijo Gaspar - no era mi dedo, pero el Dedo de Dios, que te ha tocado el corazón, lo ha herido con el remordimiento. Ahora tus lágrimas han lavado todo pecado, repara el mal hecho cambia vida. ¡Estoy seguro que desde este momento serás hombre feliz!"

Y así fue.

Aquí tenemos que interrumpir una larga serie de grandes eventos, pero el camino del Santo continua... Y continúan las maravillosas confirmaciones de parte de Dios.